

C

Columna

Ricardo Díaz
 Gobernador Regional



No ignorar lo que el territorio sabe

E los debates sobre desarrollo nacional, pocas veces se reconoce lo que las regiones han aprendido con esfuerzo, desde el terreno. Y menos aún se valora que ese conocimiento –acumulado, probado y compartido– ha dado forma a innovaciones institucionales concretas. La Región de Antofagasta es ejemplo de ello.

Nuestra historia productiva no solo ha sostenido la economía del país; también ha generado aprendizajes únicos que hoy permiten diseñar políticas públicas desde el territorio, con una

mirada más justa y eficiente. Ignorar esa experiencia viva no solo es injusto. Es un error estratégico.

Bajo ese principio, nuestra región ha liderado iniciativas inéditas como la Estrategia Minera de Antofagasta, que articula a todos los sectores vinculados a la minería con un propósito común: mejorar la calidad de vida de quienes habitamos esta tierra. También fuimos pioneros en avanzar

hacia una retribución equitativa para los territorios.

A eso se suma un modelo inédito en el país: la producción de litio bajo un contrato de arrendamiento con Corfo, que destina un porcentaje de las ventas a los gobiernos locales. Este mecanismo ha sido clave para financiar proyectos de inversión pública con pertinencia territorial. Proyectos que nacen de las

propias necesidades de nuestras comunidades.

Por eso, creemos que la descentralización debe avanzar, no retroceder. Y ese mismo principio debiese guiar la discusión sobre el reciente acuerdo entre Codelco y SQM, que no solo garantiza la continuidad de la producción de litio en el Salar de Atacama, sino que asegura la mantención de recursos descentralizados que hoy atienden necesidades reales de nuestra región.

En momentos donde se alzan voces exigiendo mayor poder para las regiones, este es el momento de demostrar coherencia. Algunas críticas al acuerdo parecen más motivadas por el ajedrez político o intereses particulares que por un compromiso real con el desarrollo regional. Poco se ha dicho del capital humano que se ha formado en torno al litio –y al cobre– en casi treinta años; del rol estratégico que han asumido nuestras universidades en investigación aplicada y formación técnica; de la gobernanza que se ha construido desde lo local con visión de futuro.

Porque el valor de la continuidad operacional no es solo económico: es social, institucional y humano. Es parte del capital social que hemos construido. Y lo que deberíamos estar discutiendo es cómo este contrato puede convertirse en un modelo replicable para otras industrias estratégicas.

Es tiempo de elevar el debate. De dejar fuera los cálculos menores y pensar en serio el desarrollo del país desde sus territorios. Partir de cero, en este caso, sería desconocer lo que la Región de Antofagasta ha construido con esfuerzo y visión. También sería ignorar una oportunidad única para aumentar la participación del Estado en el litio y consolidar una vía efectiva de descentralización fiscal.